

Indios, porqué no se admiten al hábito de las religiones.

y decir: «Venid acá, hermano; vos decís que los indios comunmente tienen muchas condiciones y inclinaciones naturales muy apropiadas para ayudarlos á ser buenos cristianos, y habeis traído ejemplos particulares de indios á quien Dios comunicó su espíritu, que tuvieron deseo de servirle, renunciando el mundo y siguiendo la vida evangélica. ¿Pues qué es la causa porque á estos tales no se les dará el hábito de la religion, no solamente para legos, mas aun para sacerdotes, como en la primitiva Iglesia se elegian los gentiles y judíos nuevamente convertidos á la fe para sacerdotes y obispos? Antes parece seria esto de mas provecho para la conversion y buena cristiandad de toda su nacion, por saber ellos mejor sus lenguas para les predicar y ministrar en ellas mas propria y perfectamente. Y porque el pueblo tomara y recibiria la doctrina de boca de sus naturales con mas voluntad que de los extraños.» Á esto bastaba responder brevemente, confesando que así pasó en la primitiva Iglesia, y que entonces así convenia, porque Dios obraba con milagros en aquellos recién convertidos, y así eran santos, y se ofrecian luego al martirio por la confesion del nombre de Jesucristo. Mas en estos tiempos, la Iglesia, alumbrada por el Espíritu Santo y enseñada con la experiencia de los muchos reveses que se han visto en los nuevos cristianos, tiene ordenado, por determinacion de los Sumos Pontífices Vicarios de Cristo, que no se admitan á la profesion de las religiones los descendientes de cualesquiera infieles en el cuarto grado, y esto mismo particularmente tiene ordenado nuestra religion en sus estatutos. Pero aun más quiero yo añadir, y es, que puesto caso no se presumiese en alguna manera de los indios que habian de volver al vómito de los ritos y ceremonias de su gentilidad (que es por donde la Iglesia se mueve á privarlos de este beneficio), hay en ellos mas causa que en otros descendientes de infieles para no los admitir á la dignidad del sacerdocio ni á la de la religion, aunque fuese para legos, y esta es un natural extraño que tienen por la mayor parte los indios, diferente del de otras naciones (aunque no sé si participan de él algunos de los griegos), que no son buenos para mandar ni regir, sino para ser mandados y regidos. Porque cuanto tienen de humildad y subjecion en este estado (como lo habemos pintado), tanto mas se engreirian y desvanecerian si se viesen en lugar alto. Y así quiero decir, que no son para maestros sino para discípulos, ni para prelados sino para súbditos, y para esto los mejores del mundo. Es tan buena su masa para este propósito, que yo, pobrecillo inútil y bien para poco, con solo el favor

del rey, y teniendo las espaldas seguras, como ahora las tenemos para no se poder ellos desmandar, me obligara con poca ayuda de compañeros de tener una provincia de cincuenta mil indios tan puesta y ordenada en buena cristiandad, que no dijeran sino que toda ella era un monesterio. Y que fuera á la manera de aquella isla, que algunos dicen encantada, y los antiguos llamaron Anthilia, que cae no muy lejos de la isla de la Madera, y que en nuestros tiempos la han visto algo lejos, y en llegando cerca de ella se desaparece, donde teniendo gran abundancia de todas las cosas temporales, se ocupan lo mas del tiempo en hacer procesiones y alabar á Dios con himnos y cánticos espirituales. Dicen hay en ella siete ciudades, y en cada una de la seis un obispo y en la mas principal un arzobispo. Y lo bueno es que al autor del libro de los reyes godos, que refiere lo que otros han dicho de esta isla, le parece seria cosa acertada que los reyes de España, nuestros señores, suplicasen al Sumo Pontífice mandase hacer ayunos y plegarias por toda la cristiandad, para que nuestro Señor Dios fuese servido de descubrir esta isla y ponerla debajo de la obediencia y gremio de la Iglesia católica. Igual fuera pedir á Nuestro Señor que á todos los indios los pusiera encubiertos, repartidos por islas de aquella misma forma y concierto, pues ellos vivieran quietos y pacíficos en servicio de Dios, como en paraíso terrenal, y al cabo de la vida se fueran al cielo, y se evitaran las ocasiones por donde muchos de los nuestros por su causa se van al infierno. Porque si en aquella isla se vive (segun se presupone) cristianísimamente, claro está que los moradores de ella viven debajo de la obediencia y gremio de la Iglesia católica, cuya principal cabeza (que es ese mismo Dios) tienen por Papa y Sumo Pontífice, y que poseen la suma felicidad que se puede desear en la tierra. Pues con esto concluyo lo propuesto, que los indios no son para prelados ni maestros, sino para siempre súbditos y discípulos, y para esto, en general, ningunos como ellos. Oido he decir de pocos dias acá, que no falta quien se ofrezca á sacarlos idóneos y suficientes para el sacerdocio, y quien á esto se ofrece, á harto mas se obliga que yo en lo que arriba dije, porque lo tengo por obra de solo Dios (que los puede trocar y hacer de otro natural) y no de hombres. Y pluguiese á su divina bondad, que esto fuese posible y lo mereciésemos ver. Mas miren lo que hacen los que en esto se pusieren, porque aquellos primeros pilares que el Señor fué servido poner por fundamento de este su edificio, aunque no presumieron de tanto saber como los modernos,

Isla encantada que llamaron Anthilia.

tuvieron el espíritu del Señor, y él los guió y enseñó en el modo que habian de tener para esta conversion. Á algunos de los indios criados y doctrinados de su mano, y al parecer bien inclinados, dieron el hábito de la orden para probarlos, y luego en el año del noviciado conocieron claramente que no era para ellos, y así los despidieron, y hicieron estatuto que no se recibiesen. Un gran letrado extranjero de los reinos de España que pasó á estas partes,¹ confiado de su saber, presumió afirmar que esta nueva Iglesia indiana iba errada por no tener ministros naturales de los convertidos, como la Iglesia primitiva; teniendo esta opinion, que á los indios se debian dar órdenes sacros y hacerlos ministros de la Iglesia. Y el doctísimo y religiosísimo padre Fr. Juan de Gaona lo convenció de su error en pública disputa, y lo obligó á que hiciese penitencia. Y esta su apología que puso en escrito, está en pié hoy día entre nosotros. Mucho mas me he alargado de lo que pensé; mas no está en mano del hombre atajar el espíritu. Concluyo con esto: que en los indios hallamos lo que en todas las demas naciones del mundo, que entre ellos hay de malos y buenos.

Eccles. 8.

CAPÍTULO XXIV.

De algunas visiones y revelaciones con que nuestro Señor Dios se ha querido comunicar á los indios.

Prov. 3.

Simplicidad muy agradable á Dios.

I Reg. 3.

Marc. 20.

Job. 2.

Matth. 18.

Es tan agradable á los ojos de nuestro Señor Dios la simplicidad del corazon humano, que (segun lo dice el Espíritu Santo por boca del sabio) sus pláticas y razonamientos son con los simples, y con ellos se comunica y conversa. Esto mesmo hallamos bien probado por ejemplos de la sagrada Escritura, así en la edad inocente de los niños, en lo que se dice en el primero libro de los Reyes, que la plática y conversacion de Dios con el niño Samuel era preciosa, y lo que leemos en el Evangelio, que el Hijo de Dios se regocijaba con los niños, y los abrazaba por su simplicidad, como tambien en los hombres de edad, pues del santo Job, tan amigo de Dios, alabándolo el mesmo Señor de que no habia su semejante en la tierra, y singularizando las calidades y razones de su bondad y mejoría, pone por la primera que era simple. Y en tanta manera

¹ Fr. Jacobo Daciano, dinamarqués.

pide esta simplicidad santa á los suyos, que les dice, que si no se convirtieren y volvieren en aquella simplicidad y sinceridad que tienen los niños, no entrarán en el reino de los cielos. Entre otras condiciones ó cualidades naturales que arriba dijimos se hallaban en los indios, era esta simplicidad ó falta de malicia, por do eran fáciles para ser engañados, á lo menos antes que nosotros los sacásemos de ella. Empero, dando mas quilates á esta natural simplicidad, y poniéndola en el grado y valor en que el Redentor del mundo la pide, digo que hemos hallado muchos indios y indias, en especial viejos y viejas, y mas de ellas que de ellos, de tanta simplicidad y pureza de alma, que no saben pecar; tanto, que los confesores con algunos de ellos se hallan mas embarazados que con otros grandes pecadores, buscando alguna materia de pecado por donde les puedan dar el beneficio de la absolucion. Y esto no por torpeza ó ignorancia, porque dan muy buena cuenta de la ley de Dios, y responden á todas las menudencias de que son preguntados, sino que ayudado su simple y buen natural de la gracia, ni saben murmurar, ni quejarse de nadie, ni reñir aun á los muchachos traviesos, ni perder un punto de la obligacion que la Iglesia les tiene impuesta. Y en este caso no hablo de oidas, sino de lo que tengo sabido por experiencia. Tales ó semejantes á estos deben de ser aquellos indios á quien Dios ha querido revelar algunas visiones provechosas para sí mesmos ó para otros sus prójimos, las cuales en tiempos pasados fueron muchas, segun lo dejó testificado el siervo de Dios Fr. Toribio Motolinia en un su tratado *de Moribus Indorum*, como es ver al tiempo del alzar la hostia consagrada un niño resplandeciente, y ver tambien á nuestro Redentor crucificado con grandísimo resplandor, y ser visto en la misa sobre el Santísimo Sacramento un globo como llamas de fuego, y sobre el predicador, estándoles predicando, encima de su cabeza una muy hermosa corona que parecia de oro, y otras cosas semejantes á estas. Y entre las demas, cuenta de cierta persona que tenia por costumbre venir muy de mañana á la iglesia los domingos y fiestas, y como hallaba la puerta cerrada, rezaba por la parte de fuera, y alzando los ojos al cielo por dos veces, vió que se abria, y en aquella abertura le parecia que por la parte de dentro habia cosas de grandísima hermosura. En esta persona tal, bien se verifica aquello de la sabiduría: « Los que velando y madrugando de mañana me buscaren, hallarme han, » pues que viniendo de madrugada á buscar á Dios en su casa, por estar la puerta cerrada, hallaba el cielo abierto. En Tlaxcala, confesándose

Visiones y revelaciones hechas á indios.

Prov. 8.

un indio con el padre Fr. Alonso de Ordoz, varon de mucha santidad, le dijo que estando un dia oyendo misa con poca fe, sintió en su espíritu una nueva alteracion, y mirando hácia el altar, estando el sacerdote consumiendo el Santísimo Sacramento, vió que salía de él una grandísima claridad, lo cual fué causa de afirmar su fe en que antes estaba tibio. En el pueblo llamado Tula, siendo guardian el venerable Fr. Melchior de Benavente, confesándose con él un indio de mucha razon dos dias antes que muriese, le dijo que le descubria una cosa, la cual nunca habia dicho á nadie, y era que un dia de la Ascension del Señor, celebrando misa cierto religioso, al tiempo que queria alzar el Santísimo Sacramento, vió el dicho indio con sus propios ojos, que le trajeron al sacerdote un niño con unos pañales mas blancos que la nieve, y se lo pusieron en las manos cuando alzó, y acabando de alzar lo volvieron á llevar por donde lo habian traido, que á su parecer era de hácia la sacristía, y súbitamente desapareció. Y cuando el indio vió esto al tiempo de alzar, dijo que se halló muy compungido y contrito, y clamó á Dios diciendo: «Señor, apiadaos de mí, que con vuestro favor nunca mas os ofenderé.» Siendo yo indigno guardian de la ciudad de Xuchimilco, el año de setenta y cinco, la vigilia de pascua de Navidad vino á mí una india muy congojada y llorosa, y preguntándole yo qué habia y sentia, me respondió, que por amor de Dios la confesase y remediase su alma que estaba puesta en grande tribulacion. Y pareciéndome que la habia visto confesar el dia antes para comulgar con otras muchas personas que aquel dia habian recibido el Santísimo Sacramento, preguntéle á tiento: «¿Pues cómo, no comulgaste ahora con esotros?» Respondióme: «Padre, verdad es que me confesé y habia de comulgar; mas no comulgué porque no estaba aparejada, y anoche me aconteció una cosa espantosa, que tiene mi ánima atribulada hasta confesarme otra vez.» Oíla por saber lo que era: contóme que la noche antes, despues de haber tañido al Ave María, entrando en su aposento algo de priesa para tomar cierta ropilla que estaba sobre una caja, no acordándose que estaba sobre la misma caja tambien un crucifijo, como hacia escuro dió con él en el suelo, y hízose algunos pedazos, y parecióle en aquel instante que tembló reciamente todo aquel aposento, y pensó que se abria la tierra para tragalla, porque juntamente oyó una voz que le dijo: «¡Oh desventurada de ti! ¿y es verdad que me has de recibir mañana, no habiendo confesado enteramente todos tus pecados?» Y que como esto oyó y vió, quedó tan espantada que no podía

1575.

volver en sí. Yo la consolé y esforcé cuanto pude, y díjele que se aparejase y confesase todos sus pecados desde su niñez. Vino otro dia, que era el primero de Pascua, á que la confesase, y no pude. Y es verdad que de dia en dia se pasó todo el ochavario de Pascua, que con las muchas ocupaciones no hallaba tiempo para ponerme á confesarla, y la pobre india ningun dia faltó de venir y aguardar allí mañana y tarde, que fué harta probacion de la fe que traia, y del temor de lo pasado, hasta que en fin se confesó enteramente. Y cierto ella era muy buena cristiana, que desde su niñez frecuentaba la iglesia, oyendo siempre misa y los oficios divinos. En el año siguiente de setenta y seis, corriendo por todas partes una general pestilencia, de que murió mucha gente en casi todos los pueblos de esta Nueva España, un viérnes, doce de Octubre, andando por la laguna dulce, en términos de la mesma ciudad de Xuchimilco, un indio viejo, llamado Miguel de S. Gerónimo, natural de Azcapuzalco, aunque vecino de muchos años en el pueblo de Xuchimilco, y que tenia cargo de recoger en la iglesia para la doctrina los mozuelos de su barrio; andando (como digo) este en su canoa ó barquillo en el medio del dia, le apareció una mujer en figura y hábito de india, muy bien aderezada y de buen parecer, la cual estando en pié en la ribera, se puso á hablar con él familiarmente, y él parado en su barquillo hasta tres ó cuatro pasos de ella. Y le trató cosas secretas que tocaban á su persona, y le consoló en ellas. Y despues de estas pláticas, le mandó que fuese al guardian de aquel monesterio y le dijese que amonestase al pueblo, que se enmendasen los pecadores y viciosos (especialmente en el vicio de la carne) y hiciesen penitencia para amansar la ira del Señor, que estaba ofendido, porque el pueblo no pereziese con la enfermedad que andaba. Y dicho esto, dice que se le desapareció la dicha mujer, haciéndose un remolino en el aire y en el agua. El indio quedó como espantado, y otro dia sábado me lo fué á decir. Y amonestándole yo que mirase lo que decia, y no me mintiese, porque lo castigaria Dios gravísimamente, siempre se afirmaba en ello. Y no contento yo con esto, pasados ocho dias despues lo envié á llamar para ver si habia sido fantasía, sueño ó invencion suya, riñéndole y diciéndole que porqué me habia venido con aquella mentira, volvió á confirmarse en ello, derramando muchas lágrimas de sus ojos, por donde sin alguna duda le creí y me persuadí, que la que le apareció seria la Madre de piedad y misericordia, que por aquella via queria favorecer aquel pueblo, ó algun ángel, y que

1576.

apareció en figura de india por no espantar aquel pobre viejo en otra figura. Y así hice la amonestacion que se me mandó á la gente de aquella ciudad, que por ventura fué de algun provecho.

CAPÍTULO XXV.

De otras revelaciones hechas á algunas indezuelas niñas y mozas de poca edad.

DIJE en el capítulo pasado, que hallamos santa simplicidad y pureza en muchos de los indios, mayormente en viejos y viejas, y de esto es la causa porque en la cansada vejez vuelven los hombres cuasi al estado de la niñez, en la cual mas propia y naturalmente se halla la simplicidad y falta de malicia por el poco conocimiento que los niños tienen y poca experiencia de las cosas del mundo. Y así los niños en su tierna edad son comunmente á todos amables, y mas lo deben de ser á Dios, pues estando el Salvador del mundo en carne mortal, los abrazaba y regalaba, y mostraba particular contento en verlos. Y segun esto, no es maravilla que se regale y comunique con ellos, como yo verdaderamente lo he hallado en veces en criaturas hijos de indios, estando en el artículo de la muerte, oyéndoles cosas de tanto sentimiento, que no eran para aquella edad. Mas porque estas no las tengo en la memoria para referirlas con certidumbre, contaré solamente algunas que supe de otros, y las puse por escripto. Morando yo en el monesterio ó ermitorio de Santa Ana, una legua de Tlaxcala, el año de mil y quinientos y ochenta y ocho, el domingo de Pascua de Espíritu Santo, que cayó á cinco de Junio, acabando de cantar la misa mayor me envió á llamar una india vieja, llamada María, de hasta setenta años ó poco menos de edad, y de ellos los cuarenta habia hecho vida con su marido, y habia catorce que estaba viuda, y á la manera de otra Ana profetisa, frecuentaba el templo del Señor. Esta, como admirada de las misteriosas obras de Dios y de sus secretísimos juicios, me contó con gran sentimiento cosas maravillosas que diez dias antes de aquella Pascua una niña de nueve años habia dicho, estando para morir, así á ella como á un mozo que vivia en su casa, llamado Simeon. Dice que la dicha niña, llamada Francisca, se crió en su casa desde edad de año y medio (porque en aquella edad eran ya muertos sus padres), y que era de muy buena inclinacion, avisada, y obediente á lo que le mandaban, y que cayó enferma mes y me-

Revelaciones hechas á muchachas de poca edad.

1588.

Luc. 2.

dio antes que muriese, y que se habia confesado conmigo, y que estando ya al cabo de su enfermedad en solos los huesos, el viérnes de la Ascension del Señor, antes de la media noche, dijo á esta María, que la tenia por madre: « Madre mia, no tengas pena por mí, ni llores, que la voluntad de mi Dios y mi Señor es que yo acabe ya esta vida mortal y vaya para él. Y sábeta que luego perderé la habla, y mañana no hablaré hasta la hora de mi muerte. Y consuélate, que Dios te pagará la caridad y la crianza que en mí has hecho. Y lo que conmigo has trabajado, yo de mi parte te lo agradezco. » Y otras palabras le dijo semejantes á estas, y de allí á poco perdió la habla, como lo habia dicho, y estuvo como muerta todo el sábado. Y en la noche, al tiempo que se tañe la campana para rezar por las ánimas, volvió en sí y comenzó á hablar con un indio mozo que esta dicha María tenia en su casa, el cual era vicioso en el beber y emborracharse, y á la sazón dormia, y dándole voces, le decia: « Levántate, Simeon, ¿qué haces? ¿porqué duermes tanto? Despierta, y oye lo que te quiero decir, que soy mandada. » Y como él todavía se estuviese quedo, decia la niña á esta María, que la estaba velando con una candela en la mano: « Madre, señora, despierta á ese mozo y haz que se levante, » y como el mozo se levantase, le dijo: « Mira lo que te digo, Simeon, de parte de Dios. Ya has sido muchas veces avisado y reprendido de nuestra madre y de su hermano Francisco, que dejes la borrachera que destruye tu ánima y te ha de llevar al infierno si no la dejas. Ahora te digo yo lo mesmo de parte de Dios, que te enmiendes de aquí adelante, y si no, verás el castigo que ha de hacer en ti. » Y sobre esto le dijo algunas palabras sentidas, como por via de ruego, amonestándole que se enmendase en lo de adelante. Y despues de esto habló con la dicha María, y le contó cierta vision que habia visto de una grande y general borrachera de la gente de aquel pueblo, de que Dios era muy ofendido y estaba indignado. Y le rogó que en su nombre y de parte de Dios dijese á fulano y fulano, y á otro tercero y á su mujer, personas señaladas en el pueblo, que se enmendasen cerca de este vicio, y lo dejasen del todo, si no, que serian gravísimamente castigados de Dios. Y que á mí me dijese que de mi parte hiciese todo lo que pudiese para estorbar y remediar aquel vicio, aunque ya para con Dios estaba yo excusado de culpa en este caso, porque se lo habia predicado muchas veces, y ellos no se querian enmendar; mas que con todo eso no cesase, y dicho esto, desde á poco dió su alma al que la crió. Dijo-me más la dicha María con mucho sentimiento, que estaba admi-

rada y temerosa de los juicios de Dios, y cómo por medio de criaturas inocentes avisaba á los pecadores para que se convirtiesen. Y contóme cómo habia pasado otro tanto como esto catorce años antes en una gran pestilencia que hubo por toda esta tierra: que otra niña de la mesma edad de nueve años, llamada Ana, hija de un su hermano llamado Francisco Cozal, cayó enferma, y su marido de esta María juntamente, luego que comenzó la pestilencia, antes que otros enfermasen. Y que aquella niña Ana dijo cosas maravillosas, que despues acaecieron como ella las dijo. Y entre ellas declaró el dia de su muerte, y dijo que ya comenzaba la fin del mundo, lo cual bien se podia entender del acabamiento de los indios, porque desde entonces siempre tienen pestilencia, poca ó mucha, en unas partes ó en otras. Y sin ellas, basta el repartimiento que de ellos se hace para el servicio de por fuerza. Dijo tambien aquella niña cómo moriria de aquella enfermedad el marido de esta vieja María. Y á su padre Francisco Cozal le hizo una plática muy sábía y cristiana, aconsejándole y rogándole dejase el vicio de la borrachera, porque era muy dado á él. Y que mirase que le quedaban doce horas de vida, y que en ellas procurase de restaurar lo hasta allí perdido. Y que el dicho Francisco dió crédito á su hija y se enmendó, y vivió despues doce años justos, que la niña llamaba doce horas, y á cabo de ellos murió. Otras cosas me contó de estas dos niñas, que me dejaron con harta razon muy admirado, y le dí entero crédito como si las dijera un ángel del cielo, por ser mujer de la edad que dije y de muy buena y concertada vida, y muy devota, y aunque no lo fuera tanto, me pareció era imposible que ella ni otra persona las pudiera fingir, por el estilo y manera con que me las contó. Bendito sea tan buen Dios, que aun á las niñas indecitas hace profetisas y predicadoras para convertir á los pecadores. De otras dos hermanas (aunque mayorcillas) diré lo que pasó con ellas al varon santo Fr. Alonso de Escalona. Estaba este padre un dia por la mañana confesando enfermos en la capilla de S. José (que es la parroquia principal de los indios, pegada al convento de S. Francisco de México) y llegaron á él estas dos indecitas, hermanas, que (si no me engaño) se llamaban Isabel y Inés, y la mayor de ellas dijo al padre Fr. Alonso que la confesase. Él, viéndola sin muestra de enfermedad, y conociéndola por lo mucho que frecuentaba la iglesia, le dijo, que poco habia que se habia confesado, que lo dejase para otro dia porque entonces estaba bien ocupado. Ella replicó, que aguardaria allí hasta que oviese confe-

sado los enfermos. En acabando, llegóse ella á sus piés para confesarse, y el bendito padre se excusaba por quedar algo cansado, diciéndole que otro dia se confesaria. Á lo cual la indecita le dijo: «Por amor de Dios, padre nuestro, que me confieses, porque hoy en este dia me tengo de morir, que así me lo ha dicho el ángel que me guarda.» El padre, aunque le pareció mucha novedad aquella, cobró un temor interior y confesóla, porque de su parte no oviese alguna culpa si aquello sucediese, y tambien la comulgó. Cumplióse lo que la mozueta habia dicho, que luego aquel dia murió, y trayéndola á enterrar sus parientes, dijeron al Fr. Alonso: «Aquí traemos, padre, á tu hija, que confesaste y comulgaste esta mañana,» de que el buen viejo quedó espantado, y mas quedó despues, porque aquella misma tarde vino á él la hermana menor y le pidió que la confesase, porque su hermana le habia dicho que otro dia siguiente habia de morir. Y así fué que murió, y puso esto en grande admiracion al dicho padre y al continuo administrador de aquella capilla, Fr. Pedro de Gante, que despues lo contaban, alabando á Dios en sus grandes misericordias. Enterraron á ambas hermanas en la peaña de un altar que está junto al que de nuevo se dedicó al glorioso S. Diego. Y refiriendo esto un siervo de Dios antiguo, delante del religioso que ahora tiene cargo de aquella capilla, los dias pasados hizo cavar en aquel lugar do las enterraron, y no se halló rastro de ellas, que como eran tiernas y habian pasado muchos años despues de su muerte, debieron de consumir del todo los huesezuelos. Como quiera que sea, ellas fueron dichosas hermanas, y dieron claro testimonio del mucho caso que Nuestro Señor hace de sus sinceras y limpias criaturas, por mucho que sean despreciadas y tenidas en poco de los hombres. Acabando de escribir este capítulo, víspera de la fiesta del santo doctor S. Juan Crisóstomo, fuimos á los maitines, y en las lecciones advertí, cómo á la menor de las dos hermanas referidas acaeció lo mismo que á este glorioso santo, al cual apareció S. Basilio mártir y le dijo: «Juan, hermano, el dia de mañana nos juntará á entrambos en un mismo lugar.» Esto mismo parece que dijo la hermana mayor á la menor, «Oh hermana, mañana morireis, y nos veremos juntas,» como se cumplió sin faltar. Y concurrir lo que yo escribia en semejante dia, no poco me confirmó en la verdad de lo que se ha contado.